

Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Maestría en Filosofía

Configuración de la subjetividad nómada

Trabajo de grado para optar por el título de Magister en Filosofía

Estudiante: Aura Melissa Hernández Pinzón

Director: Adolfo Chaparro Amaya

Bogotá, 2017

Configuración de la subjetividad nómada

"Ya no miro a los ojos de la mujer que tengo en mis brazos, los atravieso a nado, cabeza, brazos y piernas en su integridad, y veo que tras las órbitas de esos ojos se extiende un mundo inexplorado, mundo de las cosas futuras, y que ese mundo carece de toda lógica [...]. He roto la pared [...] mis ojos ya no sirven para nada, pues sólo me remiten la imagen de lo conocido. La totalidad de mi cuerpo debe devenir rayo perpetuo de luz, moviéndose a una velocidad cada vez mayor, sin respiro, sin retorno, sin debilidad [...]. Sello, pues, mis oídos, mis ojos, mis labios"

Henry Miller, *Trópico de Capricornio*.

Resumen:

El presente artículo pretende describir el concepto de subjetividad nómada desarrollado por Rosi Braidotti, teniendo en cuenta su estructuración con respecto a la diferencia sexual. Este análisis permite comprender cuál es la configuración del sujeto nómada desde la diferencia sexual revisando las implicaciones que tiene asociar el concepto con la búsqueda de aceptación y representación de esa diferencia en el contexto político. La lectura crítica de Braidotti remite directamente a examinar los conceptos originales de Deleuze y Guattari referidos al nomadismo, como singularización, devenir y subjetivación.

Palabras Claves: Diferencia sexual, cuerpo, feminismo, nomadismo, potencia y devenir.

Abstract:

This article aims to describe the concept of nomadic subject developed by Rosi Braidotti, considering its structure about to the sexual difference. This analysis allows to understand what is the configuration of nomadic subject since the sexual difference reviewing the implications of associate this concept with searching of acceptation and representation of difference mentioned in the political context. The Braidotti's critical reading forwards directly to examine the originals concepts by Deleuze and Guattari refers to nomadism, such singularization, becoming and subjetivation.

Key Words: Sexual difference, body, feminism, nomadism, potency and becoming.

Introducción

Rosi Braidotti toma la diferencia sexual como núcleo de su elaboración teórica debido al desarrollo feminista de sus concepciones filosóficas. Para ello, estructura la definición de nomadismo afirmando que es “la diferencia sexual entendida como concepto que ofrece localizaciones cambiantes para las múltiples voces corporizadas de mujeres feministas” (Braidotti, 2000: 205). A partir de allí, la autora incorpora a su perspectiva diversas conceptualizaciones que existen al respecto con la intención de estructurar la figura del sujeto nómada desde de la diferencia sexual. Su intención es encontrar una forma de subjetividad desde la cual el sujeto femenino pueda desarrollarse de manera afirmativa, resistiéndose a las características que se le han asignado a lo largo del tiempo para dar paso a una serie de devenires y modos de ser que respondan a sus deseos y su voluntad.

El presente texto hace énfasis en el desarrollo de la subjetividad nómada por parte de la autora a partir del análisis de las nociones que fundamentan y configuran el concepto. Se pretende examinar cuáles son las implicaciones de la formación conceptual que la Braidotti realiza; analizando qué acarrea la construcción de la subjetividad nómada a partir de la diferencia sexual en relación a los componentes del nomadismo y cómo puede dar cuenta de una nueva forma de asumir la subjetividad como una búsqueda de autoafirmación desde las condiciones propias del sujeto, teniendo a la base la multiplicidad como un componente propio de su estructura.

El escrito se divide en tres partes. La primera establece la crítica al concepto de subjetividad desarrollado ‘naturalmente’ a lo largo del tiempo desde la posición falocéntrica y dominante. Además, presenta los insumos desde los cuales Braidotti estructura un nuevo concepto de subjetividad, el cual mantiene una relación directa entre los actos deseantes y volitivos. La autora desarrolla la concepción de nomadismo en relación con una nueva forma de la subjetividad que permita comprender y redefinir al sujeto femenino desde la comprensión de la experiencia como producción creativa a partir del devenir, el deseo y la intensidad, términos redefinidos desde la interpretación que hace de los autores Gilles Deleuze y Félix Guattari.

La segunda parte explica cómo se da la concepción de subjetividad nómada en Braidotti, incluyendo la diferencia sexual de forma positiva en los procesos de subjetivación a partir del reconocimiento localizado del sujeto y la creación de rutas de acción que le permitan articular la diferencia en aras de generar procesos de reconocimiento político. Asimismo,

se problematiza la composición de la subjetividad nómada con respecto a las aspiraciones de la autora, observando como los componentes y desarrollos del concepto se ven comprometidos de acuerdo a la definición de una categoría fundamental para su construcción, como lo es la diferencia sexual entendida desde la identidad y la representación femenina, en correspondencia con una necesidad marcada de estructurar procesos de reconocimiento político.

Por último, en la tercera parte, se resaltan las condiciones que se consideran relevantes para la configuración de la subjetividad nómada más allá de la diferencia sexual, retomando los conceptos de nomadismo, singularización y devenir desarrollados por Deleuze y Guattari; y explorando en los conceptos de seducción y potencia, tal como aparecen en la obra de Baudrillard y Agamben, respectivamente.

I. Configuración del sujeto nómada femenino.

Para comprender como surge la configuración de la subjetividad nómada se hace necesario dar cuenta de la problemática que la antecede. Para ello, se aclarará la concepción a la cual responde y cómo se presenta el concepto de nomadismo en relación directa al sujeto, a la base una serie de elementos fundamentales para comprender el surgimiento, producción y desarrollo de la nueva concepción, tales como el deseo y el devenir.

Braidotti parte de necesidad de reconsiderar el concepto de subjetividad, dado que mantiene una serie de valores establecidos a modo de regulación social. Dichos valores se concretan a partir de principios racionales que implican y buscan la aplicación de parámetros generales en la existencia de los individuos para regular su conducta dentro de una comunidad. La autora afirma que la noción tradicional de sujeto conlleva a una condición representacional dado que sus acciones, pensamientos y relaciones están medidas, o por lo menos se pretende que así sea, por formas específicas que coinciden con una imagen “idealizada” de sujeto, la cual funciona a partir de oposiciones binarias que marcan un lugar específico para los individuos de acuerdo a sus características. Así, las oposiciones de este tipo producen esquemas desde los cuales se controla el acceso de los sujetos a diversas formas de acción, limitando su movilidad. En este sentido, quienes integran la idea de subjetividad en un sentido tradicional se hallan segmentados de acuerdo a un ordenamiento, puesto que los significados que se generan en el proceso de

representación sirven como elementos inmóviles de la estratificación; otorgando una posición concreta. Es posible entender a la segmentariedad como “una característica específica de todos los estratos que nos componen. Habitar, circular, trabajar, jugar: lo vivido está segmentarizado espacial y socialmente” (Deleuze y Guattari, 2010: 214). De acuerdo con la cita, la segmentación evidencia la división de roles determinados que contribuyen a funcionamiento de la estructura dominante y resaltan la figura de aquel que tiene el poder sobre el otro en la medida que ratifican sus preceptos. Entonces, el propósito de la segmentariedad sería mantener el ordenamiento bajo las necesidades de la estructura establecida.

La problematización del término se hace latente en la autora en un caso específico referido a la estructura del sujeto femenino y cómo este ha tenido que adaptarse a los segmentos que le han sido asignados a lo largo del tiempo. La mujer, en cada segmento, ha tenido que asumir un rol de acuerdo al lugar que ocupa en las relaciones sociales, como una pieza que responde al orden que se imparte, proveniente de una fuente de autoridad que normaliza de cierta forma sus comportamientos.

Braidotti afirma que para poder transformar la visión tradicional y segmentaria de sujeto es necesario buscar “un movimiento que vaya más allá de las imposiciones conceptuales dualistas y los hábitos perversamente nomológicos del falocentrismo” (Braidotti, 2000: 26). La transformación debe abandonar las características de la subjetividad que generan procesos de menosprecio hacia otro y para ello se hace necesario identificar cuáles han sido las categorías que remarcan la posición dominante. La estructura tradicional de sujeto se ha generado a partir de la condición masculina, blanca y europea, que “implican una visión del «sujeto cognoscente» (Lloyd, 1985) que excluye varios «marcadores de límites» como los «otros constitutivos», [...] la diferencia en un sentido peyorativo” (Braidotti, 2009b: 54). De esta manera, se reduce el panorama de lo que puede llegar a ser y hacer el sujeto. Si bien hay un rango de aplicación a la representación de categorías comunes dentro de la noción de sujeto, hay un sin número de individuos que no coinciden con ellas. Desde esta postura, la noción de diferencia se establece de manera negativa, desarrollándose a partir de una posición dualista y jerárquica, sustentando su existencia desde:

el menosprecio, constitutivo tanto de la identidad europea como de una tradición filosófica que define al Sujeto en términos de mismidad, lo cual equivale a decir con un conjunto de cualidades y derechos. [...] Esta

perspectiva implica una dialéctica de los otros, definidos en términos de diferencia negativa (Braidotti, 2009b: 40).

De allí surge la necesidad de reconfigurar el concepto de subjetividad, desplazando el carácter dominante de los segmentos para dar paso a la diferencia como un componente suyo. La autora propone la noción de un sujeto nómada, el cual puede desplazarse de posición para dar cuenta de las diferencias que lo componen de una forma positiva. La nueva visión de subjetividad atiende a las nociones de cambio y multiplicidad, que se refieren al desarrollo creativo de los individuos a partir de la exploración de sus posibilidades más allá de lo que se le ha asignado en las relaciones segmentarias. La figura de lo nómada en relación con la subjetividad femenina presenta la posibilidad de un desplazamiento de la existencia que permita producir nuevas experiencias y condiciones de vida, lo cual permite plantear el lugar de la mujer desde sus circunstancias y posibilidades de acción como un sujeto corporeizado que, a partir del reconocimiento de su capacidad de producir, pueda propiciar un movimiento autónomo y creativo desde la diferencia.

Braidotti, para desplazar al sujeto de una visión tradicional hacia una nueva forma que acepte la diferencia de manera afirmativa, considera la idea de Deleuze y Guattari de la expresión nómada, la cual permite dar cuenta de la transformación del sujeto. Hace hincapié en la conformación de un proceso que desarrolle las singularidades del sujeto a partir de un “desmoronamiento central” (Deleuze y Guattari, 2010: 382) de aquellas formas y condiciones que encasillan en segmentos los desarrollos subjetivos. La autora asume la configuración de la subjetividad desde la conciencia del sujeto femenino, pues a partir de sus particularidades puede reconocer la diferencia en un sentido afirmativo y productivo que se resiste al sistema dominante, con la clara intención de desplazar las nociones universalistas propias de la racionalidad masculina. Las nuevas formas de ser y de reconocerse deben procurar modos de participación política fuera de la determinación y abogando por el empoderamiento. La configuración de la subjetividad nómada debe tener la capacidad de resonancia como una forma de desviar el modelo tradicional y hacer visibles las potencialidades heterogéneas que surgen de la diferencia, a partir de la capacidad de asimilar una serie de relaciones diversas que, en el caso de la subjetividad femenina, estarían ligadas directamente con la capacidad de comprender el lugar histórico que ocupa y la condición personal a partir de la distinción entre las formas de relacionarse y reconocerse más allá de las identidades o lugares comunes que se le han asignado a lo largo del tiempo.

Para comprender la subjetividad nómada desde la afirmación de la diferencia, se hace indispensable caracterizar el concepto de deseo como un componente básico que incentiva la reconfiguración del sujeto. La concepción del deseo surge de la interpretación que hace la autora del concepto aportado por Deleuze y Guattari, que “no carece de nada, y como consecuencia ya no se relaciona con ningún criterio exterior o trascendente” (Deleuze y Guattari, 2010: 162). Así, la definición que toma Braidotti no se presenta desde una condición de carencia, vacío o ausencia. Toma el deseo como “activo en tanto que tiene que ver con encuentros entre múltiples fuerzas y la creación de nuevas posibilidades de potenciación” (Braidotti, 2005: 127). El deseo está en la generación de conexiones entre elementos que se encuentran para aumentar sus potencias; es la fuerza por la cual las relaciones se impulsan para poder producir. Entonces, se concibe el deseo como la capacidad para producir que pone en movimiento las cosas; genera la posibilidad de flujo. En este sentido, la potencia se comprende como “poder positivo de expresión” (Braidotti, 2009b: 135), en donde la relación de los elementos se presenta a partir de una orientación que permite la coexistencia de las diferencias; expresándose por su fuerza y su capacidad de acción. La expresión se instaura como uno de los rasgos constitutivos del sujeto nómada y debe ser comprendida desde la diferencia sexual, puesto que esta permite reconocer una localización precisa y compleja de la multiplicidad, generando la posibilidad de deshacer el ideal de sujeto, quebrar los esquemas dados por la segmentariedad y marcar un cambio en las condiciones de vida de aquello que se ha valorado en términos peyorativos.

Braidotti sugiere que debe hacerse “una lectura intensiva de la posición feminista” (2000: 197), pues solo puede comprender la inclusión de la diferencia en la configuración del sujeto en la medida que sus producciones se generan desde la fuerza por la cual los objetos se relacionan entre sí. Cuando hay una producción deseante que corresponde a la estructura de la subjetividad nómada, el concepto de diferencia se comprende como la aceptación de elementos que componen la singularidad que se está conformando. La aceptación no es fortuita, implica reconocer la manera en que los elementos se relacionan a partir de su capacidad de producción, a la potenciación de sus capacidades a partir de las conexiones que se generan entre ellos. Desde la interpretación de Deleuze y Guattari, la forma que permite concebir este tipo de relaciones está expresada en la diferencia entre los objetos, así como la diferencia de intensidad que se da en la relación de estos como una manifestación de la singularidad: “todo lo que pasa y aparece es correlativo de

órdenes de diferencias, diferencia de nivel, de temperatura, de presión, de tensión de potencial, diferencia de intensidad” (Deleuze, 2006: 33). Dicha diferencia es tomada por Braidotti para dar cuenta del carácter discontinuo y cambiante de los elementos que configuran la subjetividad nómada, que a su vez se presentan debido a la existencia de una fuerza que “captura” los elementos de la experiencia y genera entre ellos una clase de comunicación particular, en donde los datos aparentemente inconexos se relacionan para la producción misma del deseo. En la medida que los elementos se presentan diferentes entre sí, sus afinidades se pueden establecer desde una idea de ensamblaje, en tanto que sus condiciones resultan complementarias en la articulación que lo componen del proceso subjetivo.

Desde la consideración intensiva de la diferencia y la posibilidad de articular elementos a partir de ella, se acepta la “afirmación del carácter positivo de la diferencia, entendida como un proceso múltiple y constante de transformación” (Braidotti, 2000: 131). La correspondencia que establece la autora entre la transformación y la multiplicidad está dada en el ensamblaje posible gracias a la integración de las diferencias en medio de un proceso productivo. En efecto, la diferencia de intensidad genera la articulación de elementos dispares –múltiples–, los cuales se presentan en condiciones cambiantes; ya no se establecen desde la identidad del sujeto con respecto a los significados establecidos que anteceden su experiencia, ni a la categorización de los objetos de acuerdo a un uso concreto. Los elementos se funden en el ensamblaje; comienzan a ocupar la producción en una proximidad tal que se destituye su fundamento, de manera que no se distinguen entre sí. Así, la transformación de acuerdo a la aceptación de la diferencia y la relación de lo múltiple, desemboca aquello que es caracterizado por Deleuze y Guattari como devenir.

El devenir presenta una salida de la condición dada y estructurada, la perspectiva segura del sujeto tradicional con características definidas y estables. El devenir no produce una metáfora de lo que se es; responde a un proceso de literalidad que tiene que ver con la posibilidad de una nueva conformación e incorporación de elementos que no representan alguna identificación propiamente dicha. De lo que se trata es de un cambio de naturaleza mediante el cual los referentes desaparecen para dar paso a una nueva forma de experiencia. Cuando se inicia el devenir, los componentes no remiten a significados precisos y objetivos demostrables, más bien comienza una existencia detallada por infinitudes virtuales que suponen constantes cambios:

Tiene que ver con las afinidades y con la capacidad tanto para mantener como para generar interconectividad. Los flujos de conexión no conllevan necesariamente un elemento de apropiación, aunque sean intensos y en ocasiones puedan ser violentos. No obstante, marcan procesos de comunicación de estados experienciales (Braidotti, 2005: 21)

Es importante aclarar que la autora toma de manera intencionada las concepciones de deseo y devenir desarrolladas por Deleuze y Guattari. Para Braidotti el deseo a la vez que impulsa el movimiento y la relación de los elementos por medio del devenir, también se halla inmerso en una serie de formas expresivas que plantean el lugar del sujeto más allá del ensamblaje de los elementos que soportan su experiencia. Para Braidotti, la posibilidad de generar devenires y formas que permitan articular la diferencia está directamente ligada con la acción deliberativa del sujeto en los escenarios políticos, lo cual “implica que todo el proceso de devenir sujeto se sostenga sobre la voluntad de saber, el deseo de decir, el deseo de hablar: un deseo fundacional, primario, vital, necesario y, por lo tanto, original de devenir” (Braidotti, 2005: 38).

La búsqueda de una representación política nueva se concibe como una variación positiva que, al ser reconocida, libera la actividad de los individuos desde la concepción de la subjetividad como un proyecto inacabado, el cual se comprende como la construcción de un sujeto “que sea capaz de combinar los desplazamientos con un firme rechazo del individualismo liberal y de conectar un marcado sentido de la singularidad con un respeto hacia las complejidades y las interconexiones” (Braidotti, 2005: 317). El sujeto nómada debe proponer un espacio de participación alternativa para legitimar sus acciones a partir del desarrollo de una serie de características que le permitan relacionarse con los otros fuera de prejuicios existentes, a propósito de su capacidad de relación y producción. En este sentido, la multiplicidad que tiene lugar en la configuración del sujeto responde a la idea de “un sujeto múltiple, orientado hacia lo colectivo, unido a lo externo, cuya singularidad es el resultado de renegociaciones constantes con una variedad de fuerzas” (Braidotti, 2005: 317), que, además, asume una transformación de la concepción de lo Otro y de la diferencia y exige poner en cuestión al sujeto tradicional en escenarios concretos de participación política.

La transformación de la estructura política solo puede darse en la medida que exista cierta voluntad por parte del sujeto para generar nuevas representaciones que entren en juego con la institucionalidad; propiciando espacios necesarios y adecuados que permitan expresar y crear procesos positivos en una localización específica. Así, Braidotti genera

una relación entre los procesos deseantes y los deliberativos, en donde se comprende que “el deseo es productivo porque continúa fluyendo, se mantiene en movimiento, pero su productividad también implica relaciones de poder, transiciones entre registros” (2000: 46). El deseo permite la aceptación de la diferencia en la configuración del sujeto como la forma por la cual se pueden transformar las relaciones desde sus significados y las condiciones en las cuales aparecen: el sujeto nómada puede empoderarse a partir del desarrollo de su voluntad.

En la configuración de la subjetividad femenina, la expresión de los elementos que componen la diferencia es múltiple y en ocasiones contradictoria. Si bien, se enmarca la experiencia individual dentro de la figura de un “yo”, las experiencias son dinámicas: “los sujetos constituidos en y por la multiplicidad, están marcados por múltiples contradicciones, lo que les hace especialmente abiertos y opuestos a las identidades fijas, esenciales, y al poder de las categorías dominantes” (Braidotti, 2009b: 101). La contradicción no se considera errónea, se convierte en la nominación que se le da a la posibilidad del sujeto de convivir con diferencias en su constitución, cuestión que a su vez da cuenta de su condición nómada, dado que le permite transitar entre múltiples afectos y devenires.

Cabe resaltar que la contradicción también responde a la relación entre deseo y voluntad mencionada. Esta interacción “llega a interpretarse no meramente en términos de compromiso deliberado con una serie de valores o creencias políticas, sino también en términos de pasiones o deseos que sostienen y motivan dicho compromiso” (Braidotti, 2000: 198). Las contradicciones propias del sujeto nómada se sostienen en medio del proceso por la aceptación y el reconocimiento de modos de ser alternativos, gracias al surgimiento de un sujeto empoderado que motiva sus relaciones desde la búsqueda de nuevas composiciones con los elementos que se encuentran a su alcance. Sin embargo, Braidotti reconoce que la relación entre la voluntad y el deseo *no* siempre es posible. Si bien la diferencia es afirmativa en términos políticos y de producción, no significa que esta se configure desde una suerte de unidad absoluta o compromiso en un sentido obligante. En ella conviven múltiples figuraciones que evidencian la conciencia del sujeto situado que busca transformar su situación ante la historia patriarcal y los deseos que se escapan al control de la conciencia.

Además de propiciar la multiplicidad, la contradicción permite dejar a un lado la dinámica de oposiciones que genera la subjetividad tradicional. “Lo que pretende la

subjetividad nómada es identificar una línea de fuga, algo que equivale a decir un espacio alternativo creativo de devenir que no caiga entre lo móvil/inmóvil, entre el residente/extranjero, sino dentro de estas categorías” (Braidotti, 2009b: 92). La cuestión no es hacer desaparecer las características del sujeto, sino las representaciones e identidades que polarizan la existencia entre oprimidos y dominantes, es decir, sacarlas de la dialéctica excluyente para afrontar la subjetividad como un proceso de tránsito abierto hacia el cambio y transformación de las relaciones.

La configuración de la subjetividad nómada se comprende como un proceso encarnado en donde los elementos se expresan a partir de una naturaleza transitoria y conectiva (Braidotti, 2005: 93). La movilidad y la transitoriedad son muestras claras de la capacidad de interacción a propósito de la multiplicidad presente en la subjetividad nómada que, a partir de la consideración de la diferencia sexual, se abre a la posibilidad de diversas producciones entendidas como devenires. Para poder lograr este tipo de encuentros, “es crucial para el devenir-nómada [...] deshacer los dualismos opositivos [...] y suscitar una pasión, un deseo afirmativo por los flujos-trasformadores que desestabilizan todas las identidades” (Braidotti, 2005: 109).

Hasta este punto se puede decir que el sujeto nómada debe asumir una postura ética en dos sentidos. El primero de ellos está referido a la responsabilidad y el compromiso de definirse a sí mismo desde su potencia y no desde las representaciones que se le imponen. El segundo atiende a una conducta sostenible que se expresa en el proceso de producción del sujeto, en la medida que las relaciones que entabla le permitan ampliar su capacidad y sostenerla a lo largo del proceso productivo (Braidotti, 2009b: 206). Este aspecto conlleva a pensar la sostenibilidad desde la noción de persistencia que remite a la idea de un límite estructurado que le permita al sujeto entablar relaciones productivas y no aquellas que disminuyan su capacidad de hacer. En últimas, se refiere a la cuestión de qué puede un cuerpo, cuál es su umbral y qué puede resistir para que sus potencias aumenten y permanezcan. Para dar cuenta de lo anterior es imprescindible considerar que “la sensibilidad y la disponibilidad a los cambios o a la transformación son directamente proporcionales a la capacidad que tenga el sujeto de soportar las vicisitudes sin quebrarse” (Braidotti, 2009b: 222). La sostenibilidad, no solo se considera desde la capacidad del sujeto sino también desde la localización como producto del reconocimiento de la corporalidad y la encarnación. El cuerpo se presenta como “un juego de fuerzas, una superficie de intensidades” (Braidotti, 2005: 37), en la medida que su

producción no se determina como una organización funcional de los órganos, sino como el ensamblaje de elementos dinámicos. En él se integran variables culturales, sociales, sexuales y biológicas desde su relación afectiva e intensiva, como una superficie abierta que se constituye a partir de los deseos y las localizaciones que se hallan en la construcción de la subjetividad.

Así, la composición de un sujeto femenino basado en el nomadismo, permite desarrollar las posibilidades de producción y creación desde la diferencia corporal. La cuestión estriba en un proceso de construcción constante, en donde lo femenino no se segmenta desde condiciones dadas fuera del lugar de las experiencias de sujetos encarnados, es decir, de mujeres en escenarios reales; sino desde los territorios, circunstancias y elementos que componen la acción de este nuevo sujeto, que se caracteriza por la aceptación de la diferencia sexual desde su carácter afirmativo.

II. La diferencia sexual: conflicto entre la identidad y el nomadismo.

Teniendo en cuenta la preeminencia del sujeto femenino en el desarrollo de la subjetividad nómada, es necesario comprender la forma como Braidotti adopta el término, definiéndolo a partir de la diferencia sexual. La aclaración no solo se dirige a comprender la noción, sino también los factores que inciden en su desarrollo de acuerdo a la propuesta de la autora, quien considera necesario relacionar la diferencia sexual con la expresión política femenina. Para ello es necesario examinar cuáles son los parámetros que permiten generar dicho proceso y cómo estos coinciden con la diferencia sexual y la configuración del sujeto nómada. Sin embargo, en la relación de la subjetividad nómada con la expresión política deliberada se generan una serie de cuestionamientos con respecto a la estructura que la autora desarrolla, dado que retoma conceptos que había rechazado como la representación y la identidad. En este sentido se hace necesario comprender cuál es el cambio que Braidotti hace en su comprensión y si, en efecto, la transformación de estos supera las dificultades que conllevan respecto al orden segmentario.

La localización del sujeto desde su dimensión corporal presenta la necesidad de reconocer la diferencia sexual como aspecto constitutivo de la subjetividad nómada. El reconocimiento de la diferencia sexual surge como una manera de ocupar el espacio a partir de la conciencia que tiene el sujeto femenino de la historia personal y de la localización que tiene en un entorno determinado, y cómo, a partir de la afirmación de la

diferencia, este lugar se transforma en el espacio desde el cual se pueden abordar múltiples formas de expresión de acuerdo a las potencialidades del sujeto y sus relaciones productivas con el entorno.

La autora resalta la concreción de la diferencia sexual como un aspecto que le permite al sujeto nómada afirmarse desde una premisa concreta, pero a la vez posibilita el cambio y la transformación como una herramienta para trazar direcciones desde las cuales pueda relacionarse. ¿Cuáles son las variables que posibilitan la subjetividad nómada desde la diferencia sexual? Braidotti asegura que ésta permite diseñar y recorrer las rutas que se trazan desde las condiciones dadas en diversas localizaciones, como una forma de conectarse con los otros fuera de la representación de la subjetividad tradicional:

[...] Esto es, no como una diferencia natural o históricamente dada sino como un proyecto de final abierto que debe construirse, [...] está constituido a través de una multiplicidad de discursos, posiciones y significaciones que a menudo entran en conflicto entre sí (Braidotti, 2000: 123).

La inclusión de la diferencia en una nueva noción de subjetividad permite expresar una serie de producciones que conforman la condición de “otro” o “diferente”. La multiplicidad puede expresarse a partir del reconocimiento positivo de la diferencia sexual, dado que desde su condición encarnada surge la formación de un sujeto alternativo “como la expresión del deseo de la mujer por salir de las identidades basadas en el falo” (Braidotti, 2000: 143). Desde esta perspectiva, el sujeto nómada remite a la presencia de múltiples factores que inciden en la expresión del deseo femenino a partir de la reconstrucción de una serie de lugares comunes que se transforman de acuerdo al reconocimiento afirmativo de la diferencia.

La mujer debe estar dispuesta a la transformación, sin embargo, siempre tendrá que reconocerse en una localización específica que le permita trazar una ruta desde la cual pueda producir el devenir. Braidotti va más allá de la enunciación de la multiplicidad en relación a la construcción del sujeto y la vincula a la conformación de las figuraciones, que “no son modos de pensar figurativos sino, antes bien, formas de trazar mapas más materialistas de posiciones situadas, o inscritas y encarnadas” (Braidotti, 2005: 14). La figuración expresa la localización y proporciona una ubicación representacional en donde pueden incluirse las pretensiones feministas que contribuyen a redefinir el sujeto femenino que enmarca la experiencia nómada. Así, el sujeto nómada “sigue las líneas de

una multiplicidad de variables que contribuyen a definir la subjetividad femenina; la raza, la clase, la edad, la preferencia sexual y los estilos de vida que constituyen ejes esenciales de la identidad” (Braidotti, 2000: 114). Entonces, la redefinición se halla no solo en relación con la experiencia del sujeto y su capacidad productiva, sino también en la forma como sujeto se percibe y es percibido de acuerdo a los elementos que constituyen su ensamblaje.

Esta perspectiva implica un cambio referido a su participación política, permitiendo que el sujeto sea reconocido a partir de su expresión como un modo de resistencia, una forma asimétrica de sujeto que resalta la necesidad de “despatologizar y arrojar una luz positiva sobre algunos fenómenos culturales y sociales con la intención de enfatizar su potencial creativo y afirmativo” (Braidotti, 2005: 17). La concepción de nomadismo de Braidotti propone una alternativa política para el sujeto femenino, en la medida que le permite reinventar los marcos de referencia desde los cuales la mujer ha sido pensada para poner en escena una nueva premisa que permita visibilizar no una idea de mujer, sino una figuración encarnada, esto es, una conformación que dé cuenta de su localización y de los diversos referentes que puede afirmar su condición.

Braidotti realiza una ampliación del concepto de nomadismo para poder dar cuenta de particularidades en relación a la expresión y creación de modos de existencia. A diferencia de la concepción de nómada generada por Deleuze y Guattari, le da un lugar dentro de la organización de Estado (como forma que representa la jerarquía y el orden binario de los sujetos) pues considera que, a partir de esta localización:

el proceso nómada de devenir, lejos de marcar la disolución de todas las identidades en un estado de flujo en el que emergerán diferentes conexiones, puede albergar en sí mismo una especificidad sexual, ser sexualmente diferenciado, y consecuentemente, tomar diferentes formas y diferentes sentidos del tiempo (Braidotti, 2005: 294).

La diferencia sexual no solo configura un punto de partida en el diseño de una figuración; se convierte en un referente identitario que permite al sujeto hacer coincidir los múltiples componentes que se hallan en su configuración. La autora afirma que la estructura nómada desde esta perspectiva “expresa el deseo de una identidad hecha de transiciones, de desplazamientos sucesivos, de cambios coordinados, sin una unidad esencial y contra de ella” (Braidotti, 2000: 58). La idea de identidad se transforma, el sujeto ya no se identifica con la formulación de segmentos en los cuales debe actuar de una manera determinada de acuerdo a los modelos que se generan desde una imagen dominante. Para

Braidotti la identidad rompe con los segmentos en la medida que está compuesta de relaciones complejas que son el resultado de los desplazamientos que lleva a cabo el sujeto nómada según las interconexiones que se propician desde su capacidad productiva. La identidad se comprende como el plano desde el cual se traza la cartografía del sujeto nómada; provee una serie de elementos que le permiten reconocerse y constituirse más allá del significado tradicional para poder generar devenires y modos de vida diversos.

En la medida que el nómada trasgrede la representación de la organización falocéntrica, no solo se encuentra ante la posibilidad de expresar su deseo a partir de los devenires que produce, sino que expone la condición de exclusión del sujeto tradicional. Se convierte en “una forma de intervención que obra simultáneamente en los registros discursivo y material de la subjetividad” (Braidotti, 2000: 76). A partir de la transformación de las condiciones y los parámetros desde los cuales se relaciona se cambia el registro discursivo a propósito de las consideraciones que tiene con respecto a los objetos y a sí mismo. Su discurso ya no surge desde la aceptación del menosprecio constitutivo de la subjetividad tradicional, sino de su rechazo y la búsqueda de una transformación de las identidades inmóviles y estructuradas desde la percepción negativa de la diferencia. El proceso remite directamente a la aceptación de la multiplicidad como un componente que afirma las condiciones de producción y permite reconocer nuevas formas de representación. “Es precisamente esa conciencia de constitución fracturada de sujeto, intrínsecamente basada en el poder, y la búsqueda activa de posibilidades para resistir a las formaciones homogéneas” (Braidotti, 2000: 76).

Braidotti apuesta a un nuevo tipo de representación e identidad desde la configuración de la diferencia sexual como resultado de la transformación y el desplazamiento que toman como derrotero al sujeto femenino, el cual permite legitimar la participación política desde la diferencia sexual. Esta visión alternativa de identidad y representación busca hacer coincidir las contradicciones que habitan en el sujeto para dar cuenta de su deseo; vinculando una serie de transformaciones que se conciben dentro de la experiencia del sujeto y las relaciones que establece en la localización que se encuentra.

Esta forma de redefinir la unidad del sujeto consiste en poder trasgredir la estructura del sistema dominante para trazar rutas políticas que vinculen a la diferencia en aras de un reconocimiento afirmativo. Si bien la autora ha mantenido una estrecha relación con la conceptualización de Deleuze y Guattari, al momento de marcar procesos identitarios y representativos en la estructura del sujeto nómada traza una diferencia

sustancial. Mientras que las experiencias del sujeto nómada femenino de Braidotti deben ser reconocidas para poder tener incidencia política, en el caso de los autores las relaciones del nómada son “menos localizables, siempre exteriores a ellas mismas, [que] conciernen más bien a flujos y partículas que se escapan de esas clasificaciones” (Deleuze y Guattari, 2010: 201). Si existen relaciones que no pueden ser localizadas a propósito de la producción de una nueva forma de subjetividad es porque sus producciones sobrepasan los límites de significancia que se han dado a partir de identidad segmentaria: son inasignables en tanto que sus producciones no remiten a lo que dicta la consigna o lo que exprese un modelo. Esta producción responde a una nueva “línea que no admite segmentos, y que es más bien como la explosión de las series segmentarias. [...] Ha alcanzado una especie de desterritorialización absoluta [...] Nada asignable ni perceptible en verdad; cambios moleculares, redistribuciones de deseo” (Deleuze y Guattari, 2010: 203). Una *línea de fuga* se expresa como un excedente que no puede ser cubierto por la segmentariedad, pues sus características no caben dentro de las tipificaciones y estándares habituales. La fuga se puede comprender como una mutación o creación que se da en una pequeña fisura, por la cual se desbordan los flujos que no se hallan en el mismo sentido que el significante dominante.

Entonces, ¿Cómo hacer coincidir la experiencia de una subjetividad nómada, que rompe con la idea de subjetividad tradicional, con un proceso identitario y representacional? La subjetividad nómada debe hacer coincidir los procesos, devenires y deseos con una pretensión política que articule “las cuestiones de la identidad del individuo, del cuerpo y del género con las cuestiones relacionadas con la subjetividad política” (Braidotti, 2000: 70). Dicha articulación corresponde a la necesidad de generar una ruptura con respecto a la identificación masculina para poder representar y validar la diferencia desde el reconocimiento de la mujer como sujeto encarnado que se comprende a partir de las interacciones que genera con su entorno. A fin de cuentas, el sujeto nómada femenino es un campo intensivo que no se escinde de su historicidad y codificación social, sino que los transforma de acuerdo a la nueva identidad que pretende establecer, la cual le permite repensar su localización desde la reconsideración de la diferencia. Desde esta perspectiva, la identidad en relación con la diferencia sexual remarca la necesidad de que esta última sea aceptada y transformada en términos de reconocimiento político, pero a partir de otra perspectiva:

la identidad no debe entenderse como una cuestión fundacional, basada en esencias fijas de tipo biológico, psíquico o histórico conferidas por Dios. Por el contrario, es preciso considerar que la identidad se construye en el gesto mismo que la postula como el punto de anclaje para ciertas prácticas sociales y discursivas (Braidotti, 2009b: 206)

Los escenarios en los cuales se definen los derechos y la comprensión de los sujetos inmersos en las prácticas señaladas presentan el reto a la subjetividad nómada femenina de iniciar un proceso que permita destituir la idea de un sujeto único y falogocéntrico para dar un lugar afirmativo a la diferencia. No se trata de remarcar dos polos totalmente opuestos dentro de la esfera pública, por el contrario, el reconocimiento al que la autora se dirige debe estar presidido por la capacidad de generar relaciones – entre los aspectos que aparentemente se presentan discordantes– bajo la voluntad creativa y deseante que caracteriza a la subjetividad nómada.

Las nociones de representación e identidad tienen un papel preponderante si se busca que el sujeto sea reconocido en la acción política y tenga la posibilidad de transformar la visión de la diferencia en este campo. Sin embargo, como lo indica Braidotti, existe una “lógica despiadada y fundamentalmente mercenaria de la representación [que] tiene prioridad sobre lo representado, esta tendencia marca el triunfo de la imagen [...]” (2000: 98). La idea de la representación desde la perspectiva de la subjetividad tradicional, remite directamente a la segmentariedad. Lo que define el poder de la representación, a propósito de la proyección de condiciones específicas que delimitan los lugares, las formas de acción del sujeto y la fuerza que tiene la imagen para darle un significado a lo representado dentro de un mandato específico, hace que siempre exista una referencia directa a una figura inamovible.

La reproducción de una imagen que permita grabar y caracterizar una serie de condiciones sobre el sujeto presenta un problema con respecto a la transformación que busca desvincular lo femenino del proceso determinado por el falogocentrismo, dado que la autora hace uso de dos conceptos de los cuales se vale la estructura que pretende transformar: la identidad y la representación. Aunque las nociones se caracterizan por la subordinación de las características de la diferencia ante la visión idealizada de sujeto, Braidotti afirma que pueden ser transformadas, esto es, definidas como imágenes encarnadas con límites fluidos que pueden cambiar de acuerdo a la localización en la que se encuentra el sujeto.

La transformación de la identidad y la representación es posible en la medida que ambos conceptos se relacionan directamente con la capacidad que tiene el sujeto de expresar su deseo en procesos deliberativos. Braidotti considera “la identidad como un sitio de diferencias [...]. No se trata de la inmovilidad de verdades formuladas ni de contrariedades prontamente disponibles, sino del proceso vivo de la transformación [...]” (Braidotti, 2000: 184). Tanto la identidad como la representación contribuyen a considerar a la diferencia de una forma que permita tener consciencia de la multiplicidad. Esta nueva comprensión que fundamenta la subjetividad nómada en la idea de una identidad fluida que tiene su razón en la búsqueda deliberada del lugar de lo femenino determinado por la existencia de la mujer en escenarios reales, es decir, la consideración de las prácticas femeninas y sus características fuera de los significados tradicionales. Braidotti afirma que el sujeto nómada desde la diferencia sexual responde a “la necesidad de recodificar o red denominar el sujeto feminista femenino, ya no como otro sujeto soberano, jerárquico y excluyente, sino más bien como una entidad múltiple, interconectada y de final abierto” (Braidotti, 2000: 184). Así mantiene la concepción de una identidad flexible que permite afirmar la diferencia desde los diferentes ámbitos en que se desarrolla la subjetividad.

La recodificación del sujeto es posible en la medida que participe activamente en escenarios políticos que le permitan definir su posición en las diversas localizaciones en las cuales desarrolla su experiencia. Para ello, la localización del sujeto nómada no solo hace referencia a un cambio con respecto a la forma de interactuar con los otros y los elementos que están en sus cercanías; la transformación de la subjetividad debe darse en un espacio que conlleve a reconocer la diferencia sexual desde una posición deliberada y consciente del sujeto femenino, el cual, desde su voluntad, abogara por la búsqueda de derechos que permitan representar y vincular la experiencia femenina, su corporalidad y los lugares desde los cuales se genera (Braidotti, 2009b). La subjetividad nómada aparece en el mismo escenario que la subjetividad tradicional, dado que entre sus propósitos se encuentra la revaloración de la misma, entonces, debe garantizar la reivindicación de los derechos para aquellos que comportan la diferencia. Esta búsqueda presenta a la diferencia como la posibilidad de trasladar el lugar del otro en los escenarios políticos, convirtiendo la práctica de aquellos que integran la diferencia en una apuesta por la redefinición del poder a partir del rechazo de relaciones dominantes. No solo en la experiencia del sujeto, sino también en la consideración de sus derechos, facultades y

relaciones en lo político. En la postura que está estructurando la autora a propósito de la identidad:

[...] ya no se trata de la pregunta esencialista: ¿qué es la identidad nacional o étnica?, sino, más bien, de una pregunta crítica y genealógica: ¿cómo se construye? ¿quién la construye? ¿en qué condiciones? ¿para qué fines? Como dice Stuart Hall: *¿quién está habilitado para afirmar una identidad étnica o nacional?*, ¿Quién tiene el derecho a reclamar ese legado, a hablar en su nombre, a convertirlo en una nueva plataforma para determinar la política? Estas son las preguntas sobre los derechos, la agencia y la subjetividad que giran en torno a la cuestión de la identidad cultural (Braidotti, 2009c: 206).

Aunque se considera a la identidad en medio de un proceso fluido, la relación que ésta mantiene con la estructura del sujeto tradicional y de representación del falogocentrismo dificulta comprender cómo –desde los agenciamientos¹, devenires y singularizaciones que producen en el sujeto nómada– se pueden responder las preguntas enunciadas. Poner la experiencia bajo la revisión de los fines y los sujetos que tienen la potestad de representar o reclamar algo sobre otro corresponden a otro tipo de formaciones, en donde se asume un carácter compartido de cuestiones comunes que buscan establecerse para la diferencia (justicia, libertad, participación) a partir de la acción dinámica de los sujetos inmersos en el marco político actual. Para Braidotti, esto no supone la renuncia a la experiencia subjetiva, por el contrario, es a partir de la experiencia afirmativa que el sujeto puede establecer cuáles son las bases de los preceptos que deben transformarse.

Si se afirma que la subjetividad nómada procura expresar los deseos del sujeto de acuerdo a las relaciones que establece con su entorno fuera de los significados tradicionales, desde la conformación de múltiples devenires, ¿cómo es posible que en medio del proceso se comience a estructurar una serie de cuestionamientos acerca de la manera en que sus prácticas se establecen como una estructura con un fin político? La idea de identidad en este sentido resulta problemática, pues representa la posibilidad de retornar a lo idéntico, a la búsqueda de un punto de llegada en donde el proceso de subjetivación puede convertirse en normalizante, imponiendo una serie de características que respondan a una diferencia específica encaminada a legitimar la diferencia sexual. Es como si se quisiera cambiar unos contenidos por otros que puedan ser reconocidos y

¹“llamaremos agenciamiento a todo conjunto de singularidades y de rasgos extraídos del flujo –seleccionados, organizados, estratificados- a fin de converger (consistencia) artificialmente y naturalmente: un agenciamiento, en ese sentido, es una verdadera invención” (Deleuze y Guattari, 2010: 408)

aceptados para la acción política. En términos de Guattari y Rolnik, este tipo de procesos representan un peligro para el desarrollo de la subjetividad fuera de las consideraciones tradicionales, pues “cada vez que una problemática de identidad o de reconocimiento aparece en determinado lugar, cuanto menos estamos delante de una amenaza de bloqueo y de paralización del proceso” (2006: 92).

Quien asume la potestad de propugnar los derechos y la aceptación de la diferencia, se presenta ante el riesgo de convertirse en un punto de acumulación por el cual toda experiencia debe pasar para ser aceptada como legítima o válida dentro de una serie de relaciones, en la medida que recurre a un referente determinado, independientemente que sea flexible y fluido. Desde la conformación que se le ha dado, devenir nómada no deja de fluir, sin embargo, a partir de la concreción de una identidad sus formaciones pueden cristalizarse. Ya sea porque a su desarrollo se le antepone una idea acerca de cómo deberían ser las composiciones, o porque las relaciones que entabla con el medio, guiadas por un fin determinado, hagan que sus producciones conlleven a proporcionar una idea centralizada acerca quién puede participar y determinar los parámetros de dicha participación. En última instancia, el peligro radica en la consideración de una nueva forma de sujeto habilitada para la construcción de un “interlocutor válido”, desde el cual se cierran posibilidades, espacios y condiciones específicas que permitan modificar el sistema de valores tradicional.

El interlocutor como aquel que busca trazar la ruta que lo lleve a la defensa y consecución de derechos, deberá integrar sus demandas a un proceso institucional. En este sentido, la lucha por el reconocimiento de las formas de acción del sujeto nómada debe articular los elementos que lo componen a un proceso que le permita legitimar su hacer, es decir, generar la aceptación y adhesión del otro en el escenario político para poder ser reconocido y por lo tanto legitimado. Por lo tanto, el escenario debe modificarse de acuerdo a la aceptación de la multiplicidad, en la medida que los elementos que componen el surgimiento y persistencia del sujeto nómada son diversos y poder comprender la diferencia, en términos políticos, implica no solo la aceptación de los elementos en la experiencia, sino también su inclusión en medio de una voluntad afirmativa que permita la comprensión de la interacción de los elementos y por lo tanto la integración de nuevas posibilidades de vida en el escenario político.

La integración del sujeto nómada en un escenario político institucionalizado pone en cuestión la relación entre las formas jurídicas (como instancias desde las cuales puede

exigir sus derechos) y la fuerza de su experiencia, dado que, si las experiencias del sujeto nómada proceden de devenires y su configuración es cambiante, ¿Qué puede ser legitimado? ¿Los derechos adquiridos tienen la capacidad de movilidad que se le atribuye al sujeto nómada? ¿hasta qué punto la multiplicidad y la transformación puede ser “captada” de un proceso institucional que se caracteriza por una estructura definida?

Aunque el interlocutor busca transformar la relación de la diferencia con la construcción de una forma alternativa de subjetividad para poder dar cuenta de la participación en un espacio político, el sujeto de derecho corre el riesgo de asumir una serie de comportamientos institucionalizados que dan legitimidad a sus demandas. Es en esta disyuntiva donde la pregunta por *¿quién tiene derecho a reclamar ese legado?* presenta un peligro para el surgimiento y desarrollo de la subjetividad nómada. Aunque la participación política responda a la necesidad de representación y reconocimiento de la diferencia sexual, siguiendo a Deleuze, “cuando la necesidad encuentra en la institución una satisfacción [...], ello no basta para decir: «la institución es útil»; hay que preguntarse, además, a quién es útil” (2005b: 28). Quien institucionaliza sus prácticas debe, en cierta medida, restringirlas para poder tener un soporte que le permita transformar los significados que le preceden. Por tanto, este sujeto alterno puede convertirse en un punto de referencia, pero también de bloqueo: lo que representa e identifica no puede abarcar las diferencias existentes entre los sujetos ni tampoco las múltiples relaciones que se desarrollan en diversas localizaciones. Este tipo de concepciones pueden ser “como un virus que se adapta a las situaciones más diversas [...] que ya no forman un sistema, sino rumor y murmullo, luces cegadoras que confieren a cualquiera la misión de juez, de un justiciero [...]” (Deleuze y Guattari, 2010: 231). Si bien, el sujeto genera una ruptura con respecto a lo establecido, las consideraciones acerca de aquello que puede ser aceptado en una política alternativa responden a la inscripción de las representaciones en una forma significativa que se efectúa desde los gestos y las expresiones que adopta el interlocutor, quien determina sus modos de acción en “un campo que neutraliza de antemano las expresiones y conexiones rebeldes a las significaciones dominantes” (Deleuze y Guattari, 2010: 174). Así, las acciones que aquel “interlocutor válido” se presentan en un segmento específico desde el cual asume una posición de autoridad, en la medida que adquiere poder político que le permite ser escuchado y acceder al escenario que legitime sus prácticas; para ello debe emitir una consigna de cambio; asumiendo así el lugar de portavoz que transmite y refuerza el enunciado que se emite por medio de palabra.

La cuestión está en que, si bien es fundamental que la mujer recupere o adquiera una estructura desde la cual pueda afirmarse y reconocerse como sujeto, existe el peligro constante que se configure como un sujeto acabado, definido por características fijas que encaminen la experiencia hacia una finalidad específica, como lo es el reconocimiento y la identidad femenina, que impidan desarrollar las potencialidades del sujeto nómada. Entonces ¿Cómo la subjetividad nómada puede ser un proyecto de final abierto si el punto de llegada sigue teniendo como base la diferencia sexual? Es posible argumentar que el final es abierto en la medida que no hay un contenido rígido que determine que lo femenino. Pero, si hay una búsqueda de representaciones e identidades que permitan la acción política de una diferencia específica, cabe preguntarse qué pasa con las diferencias que aparecen de otra forma ¿Acaso el sujeto nómada no puede partir de una diferencia que no se defina por lo sexual? ¿La diferencia sexual abarca la multiplicidad de diferencias que se presentan en los procesos de subjetivación? Partiendo de la perspectiva deleuziana, “si consideramos los grandes conjuntos binarios, como los sexos o las clases, vemos claramente que también entran en agenciamientos moleculares de otra naturaleza” (Deleuze y Guattari, 2010: 218). Existen una serie de agenciamientos que desbordan de manera continua las estructuras binarias, así se establezcan desde una concepción afirmativa, como el caso de la diferencia sexual. La circulación de flujos que van más allá de una estructura individual fija, se comprende desde relaciones productivas generadas por devenires. Para hacerlo, emerge la posibilidad de una circulación de flujos impersonales donde se deshagan las estructuras precedentes para dar paso a relaciones productivas y, por tanto, deseantes. Puede que las diferencias y las multiplicidades se presenten de un modo específico, pero esto no significa que su configuración sea unívoca.

Braidotti presenta una manera alternativa de comprender al sujeto, pero la forma por la cual relaciona sus producciones con el accionar político y la búsqueda de representación deja en entre dicho la capacidad del mismo para mantener su producción sin generar una identidad fija que determine los límites y espacios propicios para lo que puede o no experimentar. Así, “a la idea de reconocimiento de la identidad se opondría una idea de procesos transversales, de devenires subjetivos que se instauran a través de los individuos y de los grupos sociales” (Guattari y Rolnik, 2006: 92). La subjetividad nómada se presenta como ruptura con el sistema establecido; el surgimiento y sostenibilidad de la misma no radica en la búsqueda de la representación política y la identidad, sino en la configuración de procesos de subjetivación que permitan establecer

relaciones a partir cambios de naturaleza -propios de devenir- que sugieren una mutación en la estructura, sin que el sujeto tenga que abogar por un espacio de participación o determinar consignas desde las cuales pueda establecer sus derechos. La subjetividad nómada responde a un proceso de singularización en el cual se articulan las diferencias en medio de una producción creativa; como un proceso de afirmación de la existencia. Este tipo de ideas remiten directamente a la forma como Deleuze y Guattari plantean la pregunta spinozista acerca de qué puede un cuerpo, “es decir, cuáles son sus afectos, cómo pueden o no componerse con otros afectos, con los afectos de otro cuerpo [...], ya sea para intercambiar con él acciones y pasiones, ya sea para componer con él un cuerpo más potente” (Deleuze y Guattari, 2010: 261). Precisamente por eso, la transformación de subjetividad no puede limitarse a un asunto de confrontación, dado que su configuración remite a las relaciones que pueden establecerse entre rasgos y elementos fuera de la modelización o de la reapropiación de una identidad.

III. Configuración de sujeto nómada más allá de la diferencia sexual.

Si bien la idea de la subjetividad nómada de Braidotti queda coartada por la relación que establece con la identidad y la representación, su configuración presenta una alternativa de acción que puede ser encaminada a la construcción de procesos de subjetivación. Para ello es necesario deshacer la coordenada que la autora estructura y trazar una ruta que permita hacer surgir la capacidad del sujeto de mantenerse en relación con sus fuerzas activas, que no pueden ser comprendidas desde una postura unitaria del sujeto como aquel que determina las relaciones que establece con su entorno, dado que las composiciones que se generan refieren directamente al ensamblaje de un cuerpo en el cual se integran elementos diversos.

Plantear la configuración de la subjetividad nómada desde la potencia de un cuerpo puede considerarse desde el concepto de subjetivación, afirmando que el sujeto puede comenzar un proceso de singularización a partir de un potencial propio de producción, es decir, de su condición autopoietica, la cual le permite mantener una serie de relaciones fluidas gracias a la interacción de diversos componentes. La autopoiesis es la expresión e intensificación de la potencia del individuo, la cual se desarrolla mediante la producción de nuevas relaciones que sean sustentables y resistan al cambio en la medida que no se aferran a una concepción de lo que debería ser de acuerdo a los parámetros que se

determinan social o institucionalmente. La noción de singularidad en relación directa con la autopoiesis puede generar una reapertura al concepto de subjetividad nómada que propone Braidotti, pues considera al sujeto como una entidad corporal en la cual existe un juego de fuerzas “que intersectan variables temporoespaciales que se caracterizan por su movilidad, su carácter modificable y su naturaleza transitoria” (Braidotti, 2000: 133). La subjetividad procede de la multiplicidad de elementos, los cuales no surgen de la imitación; se crean a partir de las diferencias y potencialidades que los caracterizan. Así, el concepto se puede desligar de la pretensión que vincula la experiencia del sujeto a la identificación y representación, para fomentar el cultivo interconexiones y encuentros que en últimas conservan la potencia del sujeto y su capacidad productiva, y cómo esta lo vincula a lo otro (otros sujetos, animales, naturaleza...) en un sentido positivo como expresión de lo que puede hacer y producir.

La transformación implica entablar una serie de relaciones productivas que le permiten al sujeto reconocer que su composición es dinámica dado que siempre puede generar nuevos afectos. En efecto, debe existir una ruptura -una fuga- que hace que el sujeto altere la estructura desde la cual se la ha calificado o clasificado. Pero la ruptura no es suficiente; quien comienza a trazar una cartografía ha de transformar los componentes estables a partir del surgimiento del devenir provisto de una producción deseante. En este sentido, saber qué puede un cuerpo implica que este sea activo, afirmando su capacidad de actuar de acuerdo a la composición de relaciones que establece a propósito de su potencia.

El asunto, contrario a Braidotti, es que dicha producción no se encamina bajo la reasignación de una identidad. Las composiciones se pueden presentar como una forma de resistencia hacia la producción serializada de sujetos y por lo tanto al orden dominante, pero no tienen como finalidad ser parte de una consigna política abanderada por la diferencia sexual, dado que este tipo de condiciones remiten a la necesidad de volver siempre a un punto demarcado.

Las alternativas son múltiples con respecto a los agenciamientos que se pueden presentar de acuerdo a los intercambios y relaciones entre afectos. Estas pueden darse desde la perspectiva de la sexualidad, o ajenas a ella en la medida que su aparición responda al lugar de ruptura con respecto al orden dominante. Pero ¿qué hace que los agenciamientos y ensamblajes que componen al sujeto se presenten de una manera específica? En palabras de Deleuze “¿Por qué *tal* figura, *tal* movimiento?” (1990: 220)

porque ahora la naturaleza del cuerpo no está dada de antemano, su configuración corresponde a la de un cuerpo compuesto en donde se afirma la existencia del mismo a partir de la conservación del movimiento según la interacción de los componentes que allí se encuentran. La existencia del sujeto nómada se conforma en la medida que éste posee la potencia de actuar y relacionar los elementos que componen su producción. Plantear la configuración de una subjetividad nómada debe ir más allá de un acto deliberativo o de representación política. Por medio del devenir, el sujeto puede construir vínculos con aquello que se presenta en el recorrido de la cartografía que comienza a trazar; generando redes en el espacio que ocupa por medio de los encuentros producto de las afecciones e intensidades que allí coinciden.

El desplazamiento se considera como una transformación; el sujeto nómada desplaza las viejas determinaciones para dar paso a nuevas maneras de expresión que no pueden ser categorizadas. Lo que se da en el desplazamiento no necesariamente responde a un cambio de lugar corporal, sino en la forma como el sujeto concibe el entorno y la relación que establece con el mismo desde la consideración de fuerzas que exceden la función asignada o asignable desde “un tipo muy particular de multiplicidades: multiplicidades no métricas, acentradas, rizomáticas, que ocupan un espacio sin “medirlo” y que sólo se pueden “explorar caminando sobre ellas”” (Deleuze y Guattari, 2010: 376). La multiplicidad de flujos que se desplazan en el espacio o en el cuerpo poblado del nómada no dan cuenta de un movimiento regulado sino de la producción de afectos, y como se trazan variaciones en el espacio de acuerdo a la fuerza y capacidad de ocuparlo a propósito de la combinación y separación de multiplicidades.

La cuestión que aquí está en juego no es introducir una diferencia específica o definida entre las relaciones del sujeto con el espacio, ni tampoco en la construcción de su estructura, sino la perspectiva desde la cual el sujeto incorpora la multiplicidad en las relaciones que puede establecer, lo que permite una apertura a la singularidad en un sentido amplio. El sujeto puede dar cuenta de sus relaciones de una forma divergente, rechazando la configuración de la subjetividad tradicional, lo cual permite que:

[...] cada uno se afirme en la posición singular que ocupa, que la haga vivir, que la articule con otros procesos de singularización y que se resista a todas las tentativas de nivelación de la subjetividad [...]. A cualquier escala que esas luchas se expresen o se agencien, tienen un alcance político, ya que tienden a cuestionar el sistema de producción de subjetividad (Guattari y Rolnik, 2006: 65)

El sujeto nómada, así entendido, se encuentra en una zona intermedia: parte de una localización, pero está dispuesto a transformarse y desarrollar su potencia a partir del despliegue de una serie de afectos por medio de las relaciones que puede instaurar. Se puede establecer una relación directa con la definición que Braidotti realiza del concepto, pero su reconfiguración, sin identidad establecida, se define por los devenires producidos en medio del proceso que forman relaciones que no pueden ser comprendidas desde la oposición a la estructura falogocéntrica y la búsqueda de reconocimiento de la identidad femenina. Los devenires que se presentan en la reconfiguración de la subjetividad nómada apelan a la capacidad creativa y productiva de la composición o ensamblaje que se está formando como una actividad generadora: “no es una cuestión de infraestructuras materiales que condicionan directamente la subjetividad colectiva, sino de componentes esenciales para que determinada ordenación adquiera consistencia en el espacio y en el tiempo como función de transformaciones” (Guattari, 1996: 19).

Desde la multiplicidad el sujeto ocupa el espacio, puede localizarse en un punto fijo de acuerdo al carácter intensivo que puede producirse allí. La fuerza por la cual el sujeto nómada genera relaciones y traza rutas, compone los elementos que motivan su producción, la cual “no se distingue ni por la cualidad objetiva de los lugares ni por la cantidad medible de movimiento –ni por algo que estaría únicamente en el espíritu– sino por el modo de espacialización, por la manera de estar en el espacio, de relacionarse con el espacio” (Deleuze y Guattari, 2010: 490). Es más, la localización evidencia que la diferencia no es solo una y bien definida, al contrario, al estar localizados hay una serie de rasgos innegables que afectan la producción de subjetividades. Dichos rasgos corresponden a la aceptación de la multiplicidad en la experiencia del sujeto fuera de una estructura que determine las maneras bajo las cuales se asigna una función o se interactúa con los objetos: “Todas estas variables pueden ser agrupadas bajo dos grandes rubricas: las singularidades o *haecceidades* espacio-temporales, de diferentes órdenes, y las operaciones relacionadas con ellas como procesos de deformación o de transformación; cualidades afectivas o rasgos de expresión” (Deleuze y Guattari, 2010: 407).

Si bien la singularidad o *haecceidad* puede partir desde la perspectiva de la sexualidad, ésta no debe ser reducida a relaciones binarias así posean un carácter liberador desde la visión femenina del sujeto nómada. El rasgo expresivo se desarrolla más allá de la comprensión de un sistema orgánico y funcional. La sexualidad se presenta bajo la composición de un cuerpo, pero las dinámicas que en él se dan corresponden a la relación

de objetos parciales que se conjugan desde la configuración del deseo. El deseo materializado en un cuerpo no puede comprenderse desde una postura pasiva que acepta la formación biológica y su utilidad de acuerdo una determinada forma de acción (las formas asociadas a la obtención del placer, por ejemplo), por el contrario, se vuelve activo en la medida que genera un proceso productivo:

[...] La sexualidad pone en juego devenires conjugados demasiado diversos que son como *n* sexos, [...] lo que no se puede reducir a las penosas metáforas entre el amor y la guerra [...]. La sexualidad es una producción de mil sexos, que son otros tantos devenires incontrolables (Deleuze y Guattari, 2010: 280).

La producción desde la perspectiva de la sexualidad no puede ser demarcada por la caracterización de los sexos. Conjugar la sexualidad en *n* sexos desarticula la idea de cuerpo con respecto a la asignación de funciones acordes a una anatomía distintiva del hombre o la mujer. Las relaciones en el proceso de subjetivación forman parte de la expresión del deseo del sujeto nómada, el cual supone la circulación de los elementos para el desarrollo de la potencia del cuerpo compuesto. ¿Cuál sería la cartografía que conforma ese cuerpo? ¿Bajo qué presupuesto se vinculan los elementos que lo componen? La disposición de los elementos heterogéneos no puede expresarse de forma unívoca; la respuesta a las preguntas enunciadas está dada desde las singularidades que se presenten en el proceso de subjetivación, en donde “el deseo no tiene por objeto a personas o cosas, sino medios enteros que recorre, vibraciones y flujos de todo tipo” (Deleuze y Guattari, 2014: 302). Si bien, no puede generarse una respuesta determinada, es posible rastrear devenires en ese sentido, los cuales permiten comprender el deseo más allá de la sexualidad segmentada en dos sexos; desafiando del destino anatómico de los cuerpos, como es el caso de la seducción desarrollada por Baudrillard, quien afirma que se da “de forma espontánea, con una evidencia fulgurante –no tiene que demostrarse, no tiene que fundarse– está inmediatamente ahí” (2011: 17). La subjetivación se justifica desde el proceso de circulación de la seducción, ya que si esta se conformara bajo elementos iguales no existiría ninguna diferencia en ningún momento de su flujo, es decir que no podría hallarse una fuerza que motiva a emprender el desafío al destino anatómico. La seducción, no detiene su proceso de circulación, ni siquiera para definir los roles de los elementos o sujetos que se articulan en su producción: “hay algo de impersonal en todo proceso de seducción” (Baudrillard, 1989: 97). No hay una identificación clara de la distribución de los elementos, pues no se considera la idea de segmento o postura que

toma un sujeto de acuerdo a sus características. Como en una composición nomádica, el ensamblaje de los múltiples aspectos que entran en el devenir propio de la seducción está orientado por el proceso vívido el cual, a su vez, es atravesado por las más diversas fuerzas afectivas, simbólicas, imaginarias, de goce.

Comprendiendo a la seducción como un proceso de devenir, se señala como “una alternativa al sexo y al poder [...], fuera de la posición masculino/femenino. [...] Una *trans-sexualidad de la seducción* que toda la organización sexual tiende a doblar” (Baudrillard, 2011: 14, 15). Así, la seducción remarca la condición que se aleja de los parámetros asignables a la funcionalidad anatómica a los cuerpos, da paso a devenires de otro orden que no se ubican desde la conciencia de la diferencia sexual o la identidad de la mujer empoderada –sea fija o fluida–, pues potencia el lugar del cuerpo a partir de los artificios que lo componen; como una apariencia que da paso a un principio de incertidumbre a propósito de la identidad sexual. Lo femenino (el artificio) no es identificado con la diferencia sexual, sino con la posibilidad de entrar en el juego de la seducción, en una suerte de “vacilación sexual” (Baudrillard, 2011: 19). A partir de un devenir de este tipo, el sujeto nómada puede encaminar su producción hacia la elaboración de un cuerpo compuesto de elementos en los cuales se deshace la sexualidad. Puede presentarse en la vía del travestismo, por ejemplo, en donde el hombre se instala en un devenir mujer, pero la mujer también puede devenir no mujer para poder travestirse, lo cual implica hacer uso de elementos que oculten su “estado natural” de mujer para poder feminizar sus rasgos desde el artificio.

La composición del cuerpo desde esta perspectiva se da desde la mezcla de elementos que provocan la fascinación de seducir y ser seducido, “[...] actúa en los confines de lo artificial, que hace y deshace al mismo tiempo hasta la perfección los mecanismos de la femineidad [...]. Aquí se dice que la femineidad no tiene ser [...]” (Baudrillard, 2011: 21). No hay lugar para la consideración del ser en la medida que la seducción se asume desde la multiplicidad, la manada que caracteriza al nómada. No circula necesariamente en la idea de intersubjetividad, sino en la conformación de un cuerpo colectivo poblado de los elementos que le permiten devenir. El travesti no hace uso del maquillaje, la ropa o las prótesis; dichos elementos son parte del proceso de singularización que allí se configura, circulan deshaciendo el sexo para hacer surgir la seducción.

Así como este cuerpo poblado se conforma de artificios elaborados, también conlleva un devenir animal, pues “en los animales es donde la seducción adquiere la forma más pura, en el sentido de que en ellos el alarde del seductor parece como grabado en el instinto” (Baudrillard, 2011: 86). El adorno también surge como natural, pero su inscripción carece de la réplica de un animal por parte del seductor, quién no pretende representar las posturas o reflejos desde los cuales el animal seduce, sino que se incorporan. La seducción no solo desdibuja la anatomía como destino; supone la incorporación de diversas fuerzas en la conformación del cuerpo del sujeto, quien no hace uso de los elementos como objetos definidos, sino que circulan en la nueva corporalidad que se configura. “Este cuerpo es tanto biológico, como colectivo y político; sobre él se hacen y deshacen dispositivos [agencements], es el portador de los puntos de desterritorialización de los dispositivos” (Deleuze, 2002: 127), en él radica la posibilidad de abandonar las categorías que encasillan al sujeto bajo un rol determinado, sin que ello represente la búsqueda de una forma que defina sus características.

En el cuerpo del travesti reside la singularidad de un proceso de subjetivación. Desde la descripción de este tipo de relaciones posibles surge la aceptación de multiplicidad, se articulan una serie de devenires que propician el surgimiento y la producción del sujeto nómada. El caso que se presenta no solo afecta la relación y aceptación de los sexos, dado que su configuración irrumpe en todos los sistemas en los cuales el sujeto se ve envuelto: las formas de relación, la percepción y, claramente, la capacidad productiva. “Si el animal es el seductor, ¿no se vuelve una estratagema viva, una estrategia viva que burla nuestra pretensión a lo humano? Si lo femenino es seductor [como artificio], ¿No desbarata cualquier pretensión de profundidad?” (Baudrillard, 2011: 86). La aparición paralela del devenir animal y el devenir femenino en el desarrollo de la seducción como proceso de singularidad no es gratuita. La coexistencia de los elementos que configuran uno o varios devenires está en la capacidad de mantener, interconectar y transformar los componentes que allí surgen. Es posible que en el proceso de subjetivación existan elementos que aparecen con mayor fuerza que otros o que algunos que se habían incorporado desaparezcan, pues la multiplicidad es móvil, y la potencia de dicha movilidad radica en el carácter productivo del proceso.

No es posible asignarle un origen identitario al sujeto nómada, pues al poner en movimiento los componentes de la subjetividad y los elementos que le rodean, los significados a los cuales se les atribuía una condición de inamovibles y naturalizados se

transforman. La idea de identidad resulta inadecuada para remitirse a la expresión de la multiplicidad; poder componer un cuerpo desde múltiples elementos no se encuentra definido desde la noción de unidad. Al trazar una cartografía desde esta perspectiva, el “Yo” entra en un proceso de devenir en el cual la manera de comprender y asumir una relación con el espacio ya no puede asociarse de forma directa con los significados convenidos o determinados desde un modelo de existencia; estos desaparecen para dar paso a una relación singular con los elementos que la componen, en donde se definen los trayectos de acuerdo a la situación.

El sujeto nómada no se encuentra en el ámbito de la estabilidad, su condición se pliega constantemente en una circulación del afecto como la efectuación de una potencia (Deleuze y Guattari, 2010: 246), la cual puede desarrollarse de acuerdo a las relaciones que se generan en la multiplicidad. Hay diversas maneras de asumir dichas relaciones, pero el movimiento se produce a causa de la interacción de los elementos no pueden ser determinados, en efecto, es esta circunstancia la que posibilita la conjunción entre nomadismo y subjetividad. Si bien es posible hablar de un sujeto localizado, las composiciones que comienza a descubrir con respecto al entorno y a las posibilidades de relacionarse con él corresponden a nuevos niveles “zonas de intensidades liberadas en donde los contenidos se deshacen del significante que las formalizaba” (Deleuze y Guattari, 1998: 25). Sin embargo, este tipo de relaciones, aunque son constantes, pueden extinguirse si su producción es anulada. Por un lado, existe la posibilidad que la conexión que se estableció entre los elementos desaparezca cuando en el proceso el cuerpo “ya no está apto para ser afectado de un gran número de maneras” (Deleuze, 1999: 209). Esto hace referencia a la transformación y la intensidad propias del ensamblaje; cuando los elementos pierden la fuerza con la cual se integraron al proceso desaparecen del este; razón que facilita pasar de un devenir a otro.

Por otro lado, la idea de la anulación también puede presentarse en la afección de otros cuerpos sobre aquel que está produciendo. Cuando la producción del sujeto se ve limitada por causa de otro, es decir padece con respecto a una fuerza que es ejercida sobre él, pierde su capacidad de expresión. La posibilidad de creación a propósito de las relaciones que pueden darse en la configuración de la subjetividad nómada queda limitada, y por lo tanto la afirmación del deseo y posibilidad de acción se ven cohibidas por relaciones ajenas al sujeto. Se contraponen a la *potentia* una mediación del poder hacia el otro como *potestas*, lo cual implica someterse a las condiciones que el otro propone,

entendido como el *interlocutor válido* en un escenario político institucionalizado. En este sentido, el sujeto cede su capacidad de acción por la consecución de intereses compartidos bajo la consigna de la resistencia política y la búsqueda de legitimación, en donde la orientación de la misma puede llevar a la disociación de las composiciones propias del sujeto nómada hacia la conformación de un “poder constituyente [al que] le corresponden revoluciones e insurrecciones, es decir, una violencia que establece y constituye el nuevo derecho” (Agamben, 2013). Se presenta como si el sujeto nómada, ante la formalización de sus rasgos de expresión, “naturalizara” sus experiencias bajo un nuevo orden en el cual, por medio de la voluntad y actos deliberativos, asume plena conciencia de sus capacidades productivas “donde los fenómenos de resistencia son una especie de imagen invertida de los dispositivos y tienen sus mismas características de difusión, heterogeneidad, etcétera, como si fueran su “contrario”; pero esta dirección, más que ofrecer una salida, [...] cierra todas las puertas” (Deleuze, 2007: 125,126).

Ahora bien, considerar un proceso de subjetivación que no corresponde a una identidad establecida, desde la perspectiva del nomadismo, no se considera una privación o un proceso negativo. La configuración del sujeto nómada ya no versa en el sentido de oposición, como en el caso de identidad/diferencia, pues éste aparece en una zona de indiscernibilidad (Deleuze y Guattari, 2010: 275), en donde se hace imposible determinar en qué momento se pasa de una a la otra, o cuáles serían los aspectos que las conforman como opuestos, pues su realidad ya no radica en la representación de los significados que se puedan tener al respecto; opera más allá de la imitación y por lo tanto puede generar una apertura hacia la experiencia y la condición creativa del sujeto, a partir de la singularidad de las experiencias a las que puede acceder.

Si tomamos, como Braidotti, el caso referido al devenir mujer bajo la singularidad de la subjetividad nómada, este dejaría de ser comprendido bajo sus propiedades de forma, su organismo y funciones asignadas. No es una cuestión de imitar lo que representa la mujer, ni siquiera de transformarse en ella. La cuestión estaría en la capacidad que se tiene para poder generar relaciones desde la disolución de las formas precedentes, en donde la interacción con el mundo se establece desde la apertura que se genera hacia él. Cuando se está en medio de un devenir de este tipo “Uno ha pintado el mundo sobre sí mismo, y no a sí mismo sobre el mundo” (Deleuze y Guattari, 2010: 204). Pero, ¿qué es lo que queda o permite llamar a este devenir como devenir mujer? Lo que prevalece y permite enunciar un devenir como devenir mujer (niño o animal si fuese el caso) son los

elementos que se conjugan allí; lo que hace posible que el sujeto nómada surja a partir de la fisura que se produce al atravesar los significados que perfilaban su accionar. Cuando se establece una homología como “el matrimonio es a la mujer lo que la guerra es al hombre” (Deleuze y Guattari, 2010: 243), el devenir mujer puede presentarse como la fuerza por la cual dicha relación se rompe. Cuando “la virgen que rechaza el matrimonio y el guerrero que se disfraza de muchacha” (Deleuze y Guattari, 2010: 243) componen una serie de relaciones que configuran su expresión desde lo femenino como una perspectiva singular, se compone el devenir desde la potencia que proporciona asumir un nuevo estado de cosas, el devenir que “no tiene otro sujeto que sí mismo, [...] no tiene término, puesto que su término solo existe a su vez incluido en otro devenir que él es sujeto, y que coexiste, forma un bloque con el primero” (Deleuze y Guattari, 2010: 244).

El devenir mujer representa una singularidad, pero esta puede transformarse: devenir niño, devenir animal, en la medida que las relaciones desde la multiplicidad superan la recuperación de una forma o concepto y se trazan como una expresión del deseo como aquello que puede mantenerlo, ya que “no está relacionado con ninguna falta, no está medido por ningún placer y no es trascendido por ningún goce [...]. El deseo es presentado como puro proceso” (Deleuze, 2015: 186). Siendo así, el deseo no se limita; se estimula desde la producción de la subjetividad nómada; cuestión que puede ser comprendida como “la producción de una subjetividad que autoenriquezca de manera continua su relación con el mundo” (Guattari: 2015: 35). La *potentia* aparece como una fuga a la condición de *potestas* en la configuración de la subjetividad nómada “en la medida en que depone de una vez por todas el derecho, inaugura inmediatamente una realidad nueva [...] no es esencialmente una obra sino una experiencia” (Agamben, 2013), en donde su materialización en el escenario político está dada en la transformación del sujeto, bajo la idea creadora del deseo como el rechazo de la unificación de los afectos.

El desarrollo afirmativo de la subjetividad nómada amplía las formas, escenarios y composiciones posibles con respecto a la alteridad. El sujeto adquiere una forma receptiva y cambiante que, más que abogar por la consecución de derechos, se vincula directamente a la acepción de que “el deseo no es forma sino un proceso” (Deleuze y Guattari, 1998: 113), en donde la circulación de afectos modifica la intensidad con la que los elementos se relacionan. Si bien el ensamblaje de las piezas adopta la forma de “un” sujeto, éste está caracterizado por la incorporación de la multiplicidad y la producción misma de devenires, que a su vez pueden generar una transformación en el proceso de subjetivación,

el cual “coincide íntegramente con la destitución de las condiciones sociales y biológicas en las que ésta se encuentra arrojada” (Agamben, 2013) la idea de sujeto tradicional. En otras palabras, la posibilidad de desarrollar una potencia productiva que permita captar y reflejar nuevas formas de existencia, en las cuales los conceptos, los significados y las composiciones tienen la cualidad continua de transformarse.

Así, la cuestión que vincula el nomadismo a la subjetividad “no es tanto un asunto de convencer sino de estar abierto a las cosas [...] hacer visibles las cosas que de otro modo permanecerían ocultas” (Deleuze, 1996: 245).

Conclusiones

La configuración de la subjetividad nómada que realiza Rosi Braidotti aporta una nueva perspectiva de la subjetividad en la que se reconoce a la diferencia. Esta concepción permite comprender la subjetividad como un proceso de circulación, en donde la composición del sujeto se asume de una forma particular de acuerdo a su localización; su manera de asumir la existencia en medio de diversas relaciones que se presentan en su entorno. A partir del desarrollo del concepto, la autora afirma que el análisis de la localización en la que se encuentra el sujeto nómada no se da por medio de características determinantes desde la concepción tradicional de identidad, pues esta se estructura desde la multiplicidad que se origina a partir de la diferencia sexual, “la nomadología no es, en absoluto, incompatible con las prácticas feministas de la diferencia sexual, sino que, por el contrario, ambas pueden reforzarse mutuamente y sellar una alianza productiva” (Braidotti, 2005: 18). La manera desde la cual el sujeto se relaciona con su localización es singular, pues no se somete a las características que le imponen, desarrolla una relación creativa con su entorno, en donde los componentes se asumen como una expresión del deseo, articulada con la acción consciente y deliberada de diversas formas de resistencia y autoafirmación.

En este sentido, la posición que toma la mujer consciente de los diferentes niveles de dicha diferencia es cambiante y le permite situarse de acuerdo a las diversas formas de expresión de su deseo². La consideración de la subjetividad femenina como una

²Acerca de las múltiples diferencias que se trazan en la caracterización de la mujer, se pueden distinguir los tres niveles de diferencia que Braidotti enuncia en el quinto capítulo de su libro *sujetos nómades*. Además, se debería considerar “a este respecto, el análisis de la Mujer en oposición a, pero también en complicidad con, las mujeres de la vida real activa; la distinción que separa la institución o la representación (Mujer) de la experiencia (mujeres)” (Braidotti, 2005: 42), lo cual no solo generaría una perspectiva de análisis de los

posibilidad de nomadismo, pretende aceptar el aspecto relacional y múltiple que conlleva la diferencia sexual, comprendiendo que el “sujeto es un proceso hecho de desplazamientos y de negociaciones constantes entre diferentes niveles de poder y de deseo” (Braidotti, 2005: 38). Su concepción de subjetividad no es unitaria y expresa una serie de figuraciones inacabadas y relacionales que pueden fluir.

Si bien el proceso que se conforma en la subjetividad nómade puede ser asumido de forma individual, su expresión también permite generar condiciones de una existencia colectiva. Las relaciones generan una serie de intercambios que se estructuran a partir de la formación de devenires conjuntos, que rompen con la estratificación dominante, pues la producción que allí se presenta se da desde la aceptación de la multiplicidad y se generan una serie de conexiones dadas por la intensidad con la cual los elementos se relacionan.

La autora evidencia una transformación del concepto de subjetividad, sin embargo, el proceso al cual da apertura se cierra por medio de la delimitación del mismo a través de la diferencia sexual. En efecto, como una diferencia que ha sido motivo de exclusión a lo largo de la historia, la diferencia sexual, y por lo tanto la imagen de mujer, debe ser transformada por medio de la singularización y la posibilidad de generar relaciones múltiples de carácter expresivo y creativo. Sin embargo, cuando se considera dicha diferencia como un tópico suficiente para la aparición y el desarrollo de la subjetividad nómade se retorna a un modelo de organización, en el cual, a partir del reconocimiento de una imagen estable, se corre el riesgo de que los devenires se anulen o estaquen en un intento de nivelar la subjetividad. Además, aunque la autora desarrolle una amplia discusión con respecto al género no puede asegurarse que todo devenir o proceso de singularización propio de la subjetividad nómade trace una cartografía que tome por norte la diferencia sexual enmarcada en lo femenino.

Sumado a lo anterior, no solo la sexualidad presenta diversas formas desde los procesos de singularización y devenir. El deseo, entendido como la potencia que posibilita generar múltiples relaciones, no puede reducirse a “funciones fisiológicas, o a funciones de reproducción o a alguna dimensión particular del cuerpo. [...] Desde esta perspectiva,

tres niveles que allí aparecen sino la relación que se genera desde los diversos puntos de vista de “la mujer”. Sería lícito preguntarse si este tipo de categorización no representan ya una forma de percibir la identidad del sujeto nómade femenino en una serie de características estables.

de lado del individuo y del cuerpo, existen singularidades complejas que no pueden ser rotuladas” (Guattari y Rolnik, 2006: 325). Aunque Braidotti afirme que la cuestión de la diferencia sexual se encamine a generar una identidad y una serie de representaciones cambiantes de final abierto, no puede ser indiferente a las características mencionadas y cómo estas pueden reprimir o moldear los devenires de la subjetividad nómada para que respondan a la afirmación de que “la diferencia sexual ha pasado de ser una marca fronteriza o un umbral para la elaboración y la expresión de múltiples diferencias que se extienden más allá del género, pero también más allá de lo humano” (Braidotti, 2005: 319).

Claramente, la insistencia de Braidotti con respecto a la reconfiguración y el reconocimiento de la diferencia sexual está dada por la necesidad de transformar las prácticas de la mujer y configurar una nueva forma de participación política, pues, desde la estructura del sujeto nómada justifica que “el activismo político también debe ser multiestratificado y tan internamente diferenciado como el mundo en que se mueve. [...] Lo sustenta el compromiso político; es un cambio de perspectiva cualitativo, un anhelo de resistencia y acceso a derechos” (Braidotti, 2009b: 121). Pero ¿hasta qué punto, la búsqueda de reconocimiento de la diferencia interviene en la producción nómada? En efecto la subjetividad nómada, por su manera de articular la diferencia y producir devenires, se convierte en una forma de resistencia, pero dicha articulación no se genera necesariamente por la adquisición de un derecho; más que responder a la concreción de una finalidad o una búsqueda, se presenta como una producción creativa y expresiva del sujeto, como una forma de descubrimiento a partir del deseo.

La concepción de subjetividad no es unitaria y expresa una serie de figuraciones inacabadas y relacionales que pueden fluir, dejando el espacio abierto para la aparición de la subjetividad nómada. Es más, “la cuestión de las figuraciones puede constituir un eslabón importante, en la medida en que marca un desplazamiento del contenido propositivo de las ideas en pro de la carga, la cualidad, y el nivel de intensidad expresado por ellas” (Braidotti, 2005: 92). Pero considerar la expresión de la diferencia sexual como la figuración por la cual el deseo es capaz de producir los procesos de subjetividad, es diferente a configurarla como una posición de representación e identidad en la búsqueda de la adquisición de derechos. Si bien los devenires pueden surgir desde la diferencia sexual, afirmar que su producción está mediada por la necesidad del reconocimiento en el campo político implica una transformación de otro tipo, en la cual, las cartografías que

se tracen se dirijan a un punto específico, que permita legitimar las prácticas de la mujer como tópico representativo de la diferencia; mientras que el sujeto nómada crea las condiciones desde las cuales se puede trazar una cartografía que se compone por medio de la materialización de los deseos y la relación de fuerzas desde de un proceso de singularización.

Bibliografía:

- Agamben, G. (2011): *Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- _____ (2013): “Elementos para una Teoría de la Potencia Destituyente”. En *Artillería Inmanente*. Recuperado de: <https://artilleriainmanente.noblogs.org/post/2016/05/12/giorgio-agamben-elementos-para-una-teoria-de-la-potencia-destituyente/>
- Baudrillard, J. (2011): *De la seducción*. Madrid: Cátedra.
- Braidotti, R. (2000): *Sujetos Nómades*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2004a): “Diferencia sexual incardinamiento y devenir”. En *feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa.
- _____ (2004b): “Mujeres, medio ambiente y desarrollo sustentable: Surgimiento del tema y diversas aproximaciones”. En V. Vásquez & M. Velázquez (comps.), *Miradas al futuro: una Construcción de sociedades sustentables con equidad de género* (23-50). México: UNAM.
- _____ (2005): *Metamorfosis: hacia una teoría materialista del devenir*. Madrid: Akal.
- _____ (2009a): “Animals, Anomalies, and Inorganic Others”. En *Modern Language Association Stable* (PMLA), No. 2 (Vol. 124), p 526-532.
- _____ (2009b): *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa.
- _____ (2009c): *Transposiciones: sobre la ética nómada*. Barcelona: Gedisa.
- Botto, M. (2011): *Sujeto e Individuo en el Pensamiento de Gilles Deleuze*. Tesis Doctoral, Universidad de Autónoma de Madrid.
- Butler, J. (2012): *Sujetos del deseo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Craia, Eladio C.P. (2013): “Lo que fuerza a ser: Deleuze y la subjetividad”. *Revista Eikasia* N° 50, págs. 149-158.
- Culler, J. (1982): *Sobre la deconstrucción: teoría y crítica después del estructuralismo*. Madrid: Cátedra.
- Deleuze, G. (1996): “Mediadores”. En: Jonathan Crary y Sanford Kwinter (eds.). *Incorporaciones* (239-253). Madrid: Cátedra.
- _____ (1999): *Spinoza y el problema de la expresión*. Barcelona: Atajos.
- _____ (2002): *Empirismo y Subjetividad*. Barcelona: Gedisa.
- _____ (2005a): *En Medio de Spinoza*. Buenos Aires: Cactus.
- _____ (2005b): *La isla desierta y otros textos*. Valencia: Pre-textos.
- _____ (2007): *Dos Regímenes de locos*. Valencia: Pre-textos.
- _____ (2015): *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1998): *Kafka, por una literatura menor*. México: Era.
- _____ (2003): *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama.
- _____ (2010): *Mil Mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.

- _____ (2014): *El Anti-Edipo*. Barcelona: Paidós.
- Herner, M. T. (2009): “Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari”. *Revista Huellas*. Nº 13, p 158-171.
- Guattari, F. (1996): “Regímenes, vías, sujetos”. En: Jonathan Crary y Sanford Kwinter (eds.). *Incorporaciones*. Madrid: Cátedra.
- _____ (2015): *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial.
- Guattari, F. y Negri, A. (1999): *Las verdades nómadas & general intellect, poder constituyente, comunismo*. Madrid: Akal.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2006): *Micropolítica: Cartografía del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Mayobre Rodríguez, P. (2007): “La formación de la identidad de género una mirada desde la filosofía”. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, Nº 12 (vol. 28), p. 35-62.